



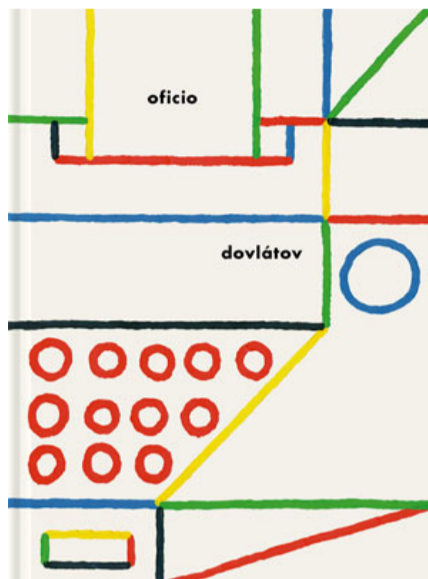
Escribir o vivir

Oficio, de Serguéi Dovlátov (Fulgencio Pimentel) Traducción de Tania Mikhelson y Alfonso Martínez Galilea | por Óscar Brox

Entre telones de acero y purgas ideológicas, la Unión Soviética ahorró poco en cadenas que contuviesen el espíritu de libertad de sus intelectuales más molestos. Algo que, en la época más cruda, podía equivaler a casi cualquier persona que tuviese alguna queja contra los aparatos de la URSS. Para un escritor, la coyuntura era aún más difícil. Tocaba elegir entre escribir o vivir. O entre pensar o vivir. Pero ¿cómo podían separarse ambas cosas si la una era la expresión fundamental de la otra? A Serguéi Dovlátov le costó unos cuantos años y una amarga experiencia en el exilio percatarse de la imposibilidad práctica que suponía ser escritor en la Rusia soviética. Unos cuantos años y, también, numerosos textos, relatos y libros que no pasaban el corte en alguno de los infinitos comités que revisaban hasta la última coma del manuscrito antes de aprobar su publicación. La ironía, el sarcasmo, la visión de otro mundo, la constatación brutal de las miserias de un régimen... cualquiera de todos esos motivos podía ser suficiente para orillar su obra. Para condenarle a trabajos de poca monta, a un desempleo crónico, al alcoholismo o a la nostalgia de otro lugar, otro momento, en el que la vida todavía podía enderezar su camino.

Tras la publicación de *Retiro*, Fulgencio Pimentel edita *Oficio*, y con ella regresamos a un terreno más autobiográfico, en el que la memoria de su autor serpentea por cada uno de los episodios mientras explica los últimos años en la Unión Soviética y los primeros en suelo estadounidense. Como sucede en prácticamente todas sus novelas, Dovlátov saca músculo a la hora de plasmar, incluso en sus minucias, las vidas de ese coro que le acompaña durante su accidentado periplo. Tanto da si se trata de un funcionario que lee con manifiesto desinterés uno de sus relatos o de uno de los colegas que formarán parte, ya en el exilio, del fugaz semanario ruso parido en tierras yanquis. La habilidad del autor de *La maleta* radica en su forma de dejar que hablen sus personajes, que impregnen cada página con sus pequeñas miserias y sus breves alegrías. De manera que, si acercamos el oído al papel, prácticamente podemos escuchar esa melopea de voces que se apelonan en una redacción clandestina mientras ponen en marcha el primer consejo del semanario. A aquel grupo de desclasados que se cuece en la barra de cualquier bar mientras piensa qué será del futuro, qué pasará con sus vidas.

Dovlátov hace uso de la sátira como la herramienta más eficaz para revelar la sinrazón de una Rusia



fracturada en demasiados bandos. Perseguida por las ideologías extremas, capaces de volver del revés un mismo argumento para utilizarlo en la situación más oportuna. De ahí, pues, que ni siquiera en suelo americano los inmigrantes soviéticos obtengan un mínimo de comprensión y piedad por parte del bra-

zo fuerte de los exiliados, que intuye en ese pequeño grupúsculo a un competidor peligroso. Algo, en definitiva, peor que un enemigo ideológico; alguien que piensa, que busca esa perspectiva humana en las cosas que, para qué engañarnos, todo el mundo ha preferido aparcar. Lo que hace de Dovlátov y los suyos unos marginados, outcasts en el país de las oportunidades. Por mucho que su autor comience a publicar sus relatos en el *New Yorker* y sus libros, olvidados entre gabinetes burocráticos en Rusia, descansen en la mesa de un editor. Al final, de una u otra manera, siempre queda la dicotomía entre escribir y vivir.

Por eso, resulta significativo que *Oficio*, más que de la labor periodística de Dovlátov, verse sobre sus infinitos percances para ejercer esa labor. Una crónica sobre el trabajo que cuesta poder trabajar. Y, claro, los sacrificios que conlleva. La nostalgia inacabable, el sentimiento de desplazamiento, esa tristeza que la mayor de las socarronerías no puede camuflar completamente... El factor humano, en definitiva, que es lo que lleva a Dovlátov a contar hasta el último detalle de su extraño viaje. Los años de mierda, el tiempo de dar tumbos para conseguir algo de dinero, la belleza de aquellas pequeñas cosas que reanimaban una vida interior alicaída, la guasa con la que comunica un cierto sentimiento de compañía entre los miembros del periódico. Todo aquello que respira en las páginas del libro, a veces entrecortadamente, fatigado por el esfuerzo para contarlos, a veces en pleno ímpetu. De ahí que leer a Dovlátov sea como leer una vida. Lo más parecido a la felicidad literaria. Y el oficio al que alude el título del libro, su mandato para proporcionar un poco de aire, de respiración asistida, a ese crisol de personajes y situaciones que, pese a todo, no se dejaron triturar bajo el peso del telón de acero.

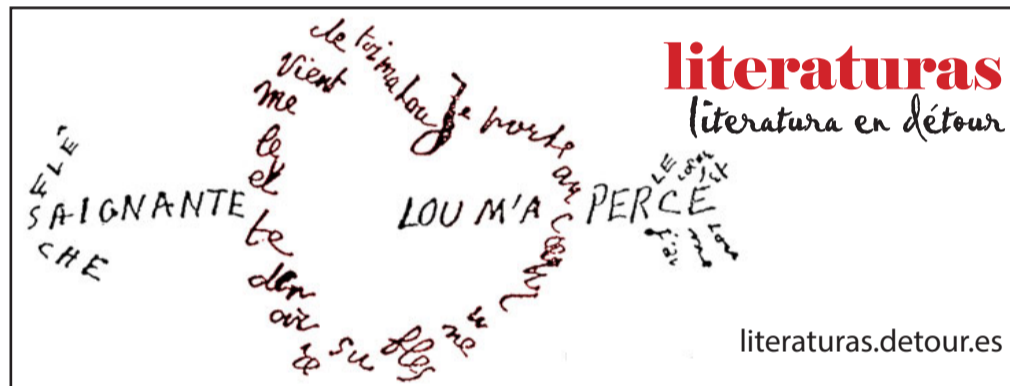
La literatura y la vida

Con *La literatura y la vida* iniciamos nuestro primer club de lectura. Nos dirigimos al Este de Europa, a una época de represión y libertades recortadas, de persecuciones y reclusiones, en la que los intelectuales debían elegir entre escribir o vivir. Entre las trincheras o el exilio a un lugar desconocido. En ese sentido, nos queremos fijar en la habilidad por construir una biografía literaria fuera de los cánones y las tradiciones, en la forma de vertebrar los géneros y el costumbrismo y, sobre todo, en la rotundidad de las voces que hemos escogido para arrojar un poco de luz sobre los ambientes artísticos y culturales de una Europa devastada.

Entre la comedia y la tragicomedia, el ensayo, la reflexión, la anécdota o el chiste, el grupo de lecturas que hemos seleccionado abordan cada una de las aristas de un tiempo convulso, sin por ello dejar de lado el carácter y el estilo de sus autores. Su capacidad para armonizar lo importante y lo insignificante, la profundidad moral y la dimensión humana de sus historias. Y cómo, asimismo, sus escrituras son depositarias de un acervo cultural en vías de desaparición, purgado o blanqueado por todos aquellos que lo consideraban incómodo o poco apropiado para un discurso oficial.

La reunión de lecturas que hemos escogido pretende, también, reflexionar sobre la necesidad de la escritura y, en especial, cómo se puede trazar una biografía a través de esta. De ahí que, más que de escritores, hablemos de escrituras. De elecciones y opciones literarias que configuran unas obras sorprendentes, casi únicas, en las que se refleja de manera diáfana el universo creativo de cada uno de sus autores.

Por eso, *La literatura y la vida*, nuestra primera propuesta lectora, abarcará varias sesiones con la intención de profundizar en la importancia de ambos conceptos en la escritura, así como también por la fuerza con la que ayudaron a cuajar una época, un ambiente artístico, una generación de escritores, sin la cual creemos que sería difícil imaginar la historia reciente de Europa.



literaturas.detour.es

Un corazón que piensa

Tierno bárbaro, de Bohumil Hrabal (Galaxia Gutenberg) Traducción de Kepa Huarte | por Juan Jiménez García

Aquí estamos de nuevo, señor Hrabal. Pasaron muchos años, pero finalmente llegó el libro que estábamos esperando, aquel de su relación con el pintor explosionista y hombre mágico Vladimir Boudník. Ese *Tierno bárbaro*. Ese bárbaro tierno. Hubo un tiempo en que se editaban libros y libros de Bohumil Hrabal. Luego, se murió (dándole de comer a las palomas, se cayó por la venta del hospital, convertido así en su propio personaje). Y al morir, se acabó. Sí, alguna cosa más llegó (precipitadamente, en algún caso), pero nadie se acordó de editar una de sus obras más importantes. Hasta ahora. Hasta esta edición de Galaxia Gutenberg.

Hay escritores que son importantes para la historia de la literatura y otros que son importantes para la historia de uno mismo. Hay algunos que lo son de ambas formas, claro está, pero ya compartimos tal nivel de intimidad con ellos que poco importa. Marina Tsvietaieva llamó a su libro sobre Aleksandr Pushkin "Mi Pushkin", quién sabe si apropiándose en un arrebato. Del mismo modo, después de tantos años juntos, podría yo decir "mi Hrabal". En algún momento, armónicamente él y yo nos unimos en una sola persona, imperfecta y llena de errores, viviendo en un eterno estado de melancolía.

Así, Bohumil Hrabal y Vladimir Boudník podrían ser una sola persona. Boudník empezaba donde Hrabal acababa, y, alguna que otra vez, se superponían. Vladimír, maestro de la imaginación táctil. Así empieza su collage de palabras hecho de innumerables trozos de su amigo, pegados con gotas de sangre sobre papel reciclado. Vladimir Boudník también creía que lo más importante se encontraba en la calle y que te podías cruzar en cualquier esquina con los materiales necesarios para crear. La belleza de las tuberías y del hombre corriente. Sus obras se construían a través de materiales no muy nobles, desperdicios de aquellas fundiciones en Kladno en las que ambos acabaron trabajando. La

poesía era ver surgir las cosas tras ese anaranjado intenso surgido del fuego del infierno, convertido alquímicamente en frío metal sólido. Su misión era lo inalcanzable.

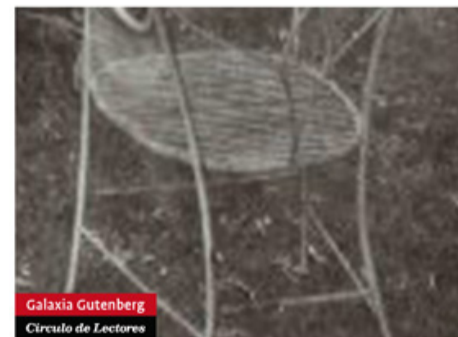
Hrabal decía que la búsqueda de uno mismo empieza por el frío más intenso, y ese frío era el que envolvía la vida de su amigo Vladimir. Siempre moribundo. Vivir velozmente, tener todos los vicios, despreciar el dinero (que se gastaba prodigiosamente de cualquier manera en cuanto caía en sus manos), beber cerveza y mirar a las mujeres de la limpieza, palabrista que odiaba los diálogos, bello y apuesto, tierno, claro. Toda la vida de Vladimir parecía el trabajo de un corazón humano que piensa. ¿Cómo no iba a estar su obra basada en la búsqueda de algo, de algo como el estremecimiento?

Junto a los dos amigos, un tercero: Egon Bondy. Filósofo, escritor y figura underground, cruza a un tiempo el mundo junto a ellos. Aquí personaje cómico siempre superado por la vida imposible de Boudník, por esas frases que quería haber dicho él, aquellos actos que quería haber vivido. Cruzan un mundo que no solo no les entiende sino que les es hostil, que les sería ajeno si no fuera porque la vida, su vida, está en las tabernas, en el coraje cotidiano de cada día, en la tristeza por la belleza. Una cháchara alegre tiene el mismo valor que una conferencia académica.

Entonces, un día, llega su muerte. No llega: va en su búsqueda. Un suicidio. Cuando entendió que lo irreal poético le había abandonado, que había cerrado su grifo milagroso. Fin. Pues fin también. Hrabal no escribe ningún réquiem por su amigo, sino simplemente nos hace gozar de la vida que vivieron juntos, magnéticamente juntos, presos de una irresistible atracción que hacía y deshacía tabiques. Hasta que Vladimir partió hacia el Universo, que era su lugar natural y aquel espacio que siempre había habitado, después de todo. Y entonces,



Bohumil Hrabal
Tierno bárbaro



entonces se acaba el libro. Y nosotros tenemos la sensación de haber viajado veloces en un tren desbocado, un tren que no se detiene nunca, que no se detendrá nunca, porque es la vida o algo así. E incluso después de esta, no se detendrá. Y cuando no quede nada, ni tren, ni vida, ni universo, no se detendrá. Porque somos solo un fragmento en algo más inmenso. La continuación de todos aquellos que nos precedieron de algún modo y el prólogo de todos aquellos que nos continuarán. Vladimir, Bohumil, Egon, la chica en la barra de la taberna, el hombre que veía un mapa de Europa en una mancha de la pared, yo, otros, otro más. Hasta la Eternidad.

Una vida narrada

Versión original, de Lilianna Lunguiná (Automática) Traducción de Yulia Dobrovolkaia y José María Muñoz Rovira | por Francisca Pageo

Lunguiná nace en Rusia en 1920 y muere en 1998, por lo que vivirá todo lo acontecido en Rusia y la Unión Soviética durante casi todos esos años. Casi todos esos años porque desde pequeña hasta su adolescencia no regresó a Rusia, sino que vivió en Palestina, Francia y Alemania. Una infancia nómada en la que también cambió de colegio como quien se cambia de silla en silla hasta estar en una en la que hallarse cómodo. Así es un poco, también, la vida de Lunguiná.

Leerla hace que nos preguntemos cuál es nuestro lugar, a dónde vamos y de dónde venimos para poder conocernos a nosotros mismos.

Lunguiná se conoció a sí misma poco a poco. Nos narra sus vivencias como quien le escribe una carta a un amigo o como quien nos cuenta sus más bellas y trágicas experiencias sin caer en dramatismos ni desesperación. Conoció a algunos de los autores rusos más grandes, como Ajmátova o Alexandr Gálich, casándose con el dramaturgo y profesor Sima Lunguin, su querido Sima... A quien no dejó nunca y amó por encima de todas las cosas. Tuvo dos hijos, que pese a encontrar tarde sus caminos se entrelazaron con el mundo literario y teatral que, como padres, ella y Sima les dieron. Estamos, así, ante un libro que es el fiel retrato de los lugares en los que Lunguiná vivió, sobre todo el de Rusia. *Versión original* es un libro sobre la amistad, sobre el amor que tuvo por sus seres queridos y por cómo ellos, también, lo tuvieron con ella.



El valor absoluto

Toda una vida, de Jan Zabrana (Melusina) Traducción de Fernando de Valenzuela | por Juan Jiménez García

Jan Zabrana, traductor, escritor, fue hijo de padres con ideas inapropiadas. Eso le convirtió en preso de una prisión exterior igual de destructiva. A menudo, repite una frase de Dante: Yo no morí, más vivo no quedé. Frente a eso, frente a la prohibición de ser, ¿qué quedaba? La impotencia, tal vez. Eligió la rabia. Integrante del equipo de los vencidos. Toda su vida no será un largo lamento, sino una acusación. Zabrana se interroga sobre qué lamentará uno más cuando llegue la muerte, si lo que no ocurrió o lo que no hizo. Nunca hubo un tiempo para los héroes, quizás porque el mayor acto de heroísmo es encontrar el coraje cotidiano.

Leer a Zabrana es doloroso. Sus frases nos atraviesan como agujas. Atraviesan nuestras dudas y también nuestras certezas. No somos inocentes. Nunca lo fuimos, nunca podremos serlo. Tampoco él. La madurez llega cuando somos capaces de asumir nuestro fracaso. Dice. Esta selección de sus diarios empieza con un pensamiento que lo recoge todo: es capaz de asumir los riesgos de la libertad, pero no la falta de ella. La prisión de sus padres cuando no es más que un adolescente le envenena. Por su sangre no dejará de correr la desesperación y también el odio. Odia a comunismo pero es consciente de que sus modos no son distintos de los modos de otras ideologías. Después de todo, es una cuestión del ser humano. Ni tan siquiera la Primavera de Praga aliviará todo ese dolor y todo ese rencor. ¿No siguen siendo los mismos, el mismo partido? Luego la invasión soviética y vuelta empezar. No. Es cierto. No se puede volver a empezar lo que nunca acabó.

El coraje absoluto y la humildad absoluta. Vivir, resistir. Muere la madre. Las páginas que le dedica son de una belleza sobrecogedora. También el padre. Muertos todos los que quiere, ya no tiene miedo. Envejece y nada cambia. Morirá antes de la caída de todo ese sistema que acabó con su vida. Toda la vida de Jan Zabrana fue la constatación de que solo quería estar solo, en silencio. Escapar del ruido del tiempo.

Silencio. Noche. Frío.

Toda la melancolía del mundo

Corazones cicatrizados, de Max Blecher (Pre-Textos) Traducción de Joaquín Garrigós | por Juan Jiménez García

Es difícil vivir. Para unos pocos, lo complicado es morir. Max Blecher empezó a morir cuando tenía diecinueve años y le diagnosticaron una tuberculosis vertebral y tardó diez años en conseguirlo. *Corazones cicatrizados* es una suerte de ficción alrededor de su propia vida. Un estudiante descubre que parece una enfermedad que solo puede ser curada inmovilizando su cuerpo, confinado a una cama. Irá a un sanatorio francés a orillas del mar. Todo ocurre rápido hasta que el tiempo se detiene. Pero no la vida. La vida sigue, también para estos pacientes atrapados en sus caparazones. Para Emanuel, el encuentro con la enfermedad es devastador, porque la muerte se le aparece en todas las cosas. Su pesimismo, su desesperación, irán encontrando alguna grieta por la que escapar. Conoce a Ernst y a esos enfermos que ya se curaron pero que son incapaces de volver a la vida que está más allá de allí.

En esa vida desconocida y terrible hay espacio para la amistad, para el amor, para el sexo, incluso. Una vida que él siente que ha desaparecido en lo esencial para dejar su lugar a una amargura crónica. Una amargura tranquila y dolorosa, dice, como una nueva luz interior llena de tristeza. Bajo las cicatrices, sigue latiendo la esperanza, la necesidad de ser. Emanuel, enfrentado a esa carrera de fondo, se va melancólicamente agotando. Nada le es ya suficiente. Tampoco el amor de Solange. Queda el mar y la huida. La literatura como huida.

Vidas escritas

Distraídos venceremos. Usos y derivas en la escritura autobiográfica, de Andrea Valdés (Jekyll and Jill) | por Óscar Brox

Distraídos venceremos reúne a un grupo de autores que tienen en común una forma, casi, única de inscribir sus vidas (o su realidad) en el texto. De tensionar, hasta llevar al límite, la escritura autobiográfica. Los hay conocidos, como Mario Levrero y Rosa Chacel, y los hay que permanecen inéditos en castellano. Andrea Valdés, tras un tiempo de investigación y de curiosidad infinita, los ha recogido con paciencia de entomóloga; preparada para explorar las numerosas heridas que surcan su escritura y lo que aquellos consignaron en cada palabra. El retrato de un padre a través un voluminoso dietario, la evaluación psicológica tras un internamiento forzoso, las secuelas de una agresión con ácido sobre el rostro de la madre o las peculiaridades de una novela que se zambulle en numerosos prolegómenos antes de comenzar.

Valdés construye el libro en forma de collage, a veces como protagonista (con esa persecución periodística sobre María Moreno), a veces cediendo el protagonismo a otra voz (la de Sergio Bizzio cuando entrevista a Héctor Viel Temperley), a veces, también, consignando los avatares que la han llevado a trastear con la escritura de los otros. Cuando se le atraganta la escritura barroca de Sarduy o cuando peina las confesiones de Maura Lopes Cançado. Y uno siente, a cada capítulo, que el libro está vivo; que se agita y se abre como un ejercicio de literatura expandida, entre los márgenes de la escritura y de esa generación de escritores perdidos, olvidados o mal leídos, que hicieron de sus vidas una forma de obra, convirtiéndose en una suerte de autobiografía lectora.



La escritura de lo complejo

Por qué la literatura experimental amenaza con destruir la edición, a Jonathan Franzen y la vida tal y como la conocemos, de Ben Marcus y Rubén Martín Giráldez (Jekyll & Jill) Traducción de Rubén Martín Giráldez | por Óscar Brox

En el prólogo a *Ágape se paga*, Rodrigo Fresán recordaba unas palabras de William Gaddis: "Si el trabajo no me resultara difícil, lo cierto es que me moriría de aburrimiento". Hace años, a Jack Green se le calentaron los dedos al evocar la incompreensión cultural que una obra del tamaño de *Los reconocimientos* inspiró en la crítica. Y, con excepciones, la cosa no ha cambiado demasiado. O sí, puesto que ahora las críticas están peor escritas. Así que parece difícil romper esa barrera de prejuicios que recubre las obras de Joyce, Gass, Coover, Proust, Barth o el mismo Gaddis.

Por qué la literatura experimental amenaza con destruir la edición, a Jonathan Franzen y la vida tal y como la conocemos sería una versión 2.0 de aquel panfleto, azote de tantos y tantos prejuicios críticos que describen una galopante carencia de curiosidad. O, como en el caso de Jonathan Franzen, de cerrazón ante lo que debe ser la novela.

Marcus defiende con ardor su causa mientras, casi con perplejidad, glosa el disparate y el aburrimiento que una escuela de periodismo cultural ha compartido durante años en sus columnas. La falta de talante para apreciar lo diferente, otro músculo narrativo o unas inquietudes estéticas alejadas de cualquier sesgo a la moda.

La particularidad de esta edición a cargo de Jekyll & Jill es que al ensayo de Ben Marcus le acompaña otro –*Unos pinitos en pedertería*– de Rubén Martín Giráldez que es una maravilla. La demostración del talento de Rubén para llevar al límite las combinaciones, estilos y recursos; para jugar con el lenguaje y conducirlo por donde le dé la gana. Para hacerle justicia a la noción de esfuerzo en la literatura.

La densidad de la vida

El estigma, de Emmy Hennings (El Paseo) Traducción de Fernando González Viñas | por Francisca Pageo

La mayoría de las veces se escribe porque no se puede hacer otra cosa. No es una elección, es una obligación que el alma impone al escritor. Las palabras crecen y crecen dentro de nosotros y de alguna manera tienen que salir, tienen que pasar por nuestras manos o nuestros labios. El oficio de la escritura es arduo, es impetuoso y es clarificador en torno a lo que nos preguntamos o nos intentamos explicar. La escritura es, si acaso, una forma de vivir que mucho tiene que ver con cómo nos tomamos la vida, cómo la vivimos y cómo buscamos en ella claros de bosque y árboles que se entrelazan unos con otros. Emmy Hennings escribía y actuaba, por lo que Emmy Hennings, vivía. Este es un libro sobre el preguntarse a uno mismo. Continuamente, conscientemente e inconscientemente. Podríamos encasillar el propio estigma en la esperanza que la protagonista no alberga, ella misma lo dirá en el libro; pero también podemos ver ese estigma en su propia vida: se da a los demás más que a ella misma. A Hennings le parece más importante poder amar que ser amada. Es algo recurrente aquí. Cierta halo de religiosidad y bondad hace que el libro se vuelva denso, hace que coja peso, que todo se vea envuelto en un profundo mar del que nos es muy difícil salir. Es un libro en el que debemos bucear y en el que es imposible ir a nado por su superficie, pues nos arrastra a su fondo, a sus aguas llenas de algas de las que intentamos escapar muy concienzudamente. Pero en ese nado de fondo marino, encontramos corales, encontramos fauna y vegetación bella que nos hipnotiza, que hacen que merezca la pena aguantar nuestra respiración y que nos adentremos en esa densidad, ese pozo.

Actos finales

La hora estelar de los asesinos, de Pavel Kohout (Alianza) Traducción de Fernando de Valenzuela | por Juan Jiménez García

Estamos en el último acto del protectorado nazi sobre Checoslovaquia. La guerra está perdida para los alemanes y su última esperanza es ese arma definitiva que les promete Hitler y que, intuyen, no existe. Pero entre una guerra perdida y la derrota final el camino es largo y tedioso. Un peligro, para ocupantes y ocupados. Nos encontramos en Praga y las noticias son que los tropas soviéticas no tardarán en llegar. Las opciones son dos: destruir la ciudad en la huida o no destruirla. En esa tensa calma, una baronesa alemana aparece asesinada. Todo parece responder a un asesinato ritual, a la obra de un loco, si es posible estar loco entre toda esa locura general. Para dar con el asesino, la policía alemana, la Gestapo, y la policía local checoslovaca forman un grupo común. Así, Erwin Bubak y Jan Morava se ponen a investigar para dar con lo que se desvelará como un asesino en serie en ese escenario de acto final.

Lo que podría ser una novela sobre un psicópata se enrarece cuando los asesinos están por todos lados. Pavel Kohout no solo construye una demoledora máquina de triturar nervios sino una negrísima reflexión sobre la guerra, en la que el azar se confunde con el destino. En ese precario equilibrio, todo es tragedia. La huida, el pasado, el futuro, las esperanzas traicionadas y las esperanzas cumplidas. Las historias individuales se convierten en colectivas. Los fantasmas no. Siguen ahí, a cada cual los suyos. Y en ese infierno, una figura sin rostro, una figura que podría ser todas, se convierte en protagonista de esos momentos finales. Cuando el ser humano ha sido borrado de la faz de la tierra, ¿qué es aquel otro con su apariencia?

Los textos íntegros los podéis leer en: club.detour.es

Próximo club

La vida y la literatura



Sábado, 23 de noviembre, 17:30

Librería Ramon Lull
Corona, 5, Valencia

**DÉTOUR,
NÚMERO DIEZ
2019-2020**

JAN ZABRANA
EL FIN DE LOS TIEMPOS

DETOUR.ES